

KRISTEL RALSTON

**ENTRE
LAS ARENAS
DEL TIEMPO**

Primero de la serie Maktub

Nova Casa Editorial



ÍNDICE

PRÓLOGO	9
CAPÍTULO 1	27
CAPÍTULO 2	43
CAPÍTULO 3	57
CAPÍTULO 4	75
CAPÍTULO 5	87
CAPÍTULO 6	105
CAPÍTULO 7	121
CAPÍTULO 8	145
CAPÍTULO 9	163
CAPÍTULO 10	177
CAPÍTULO 11	189
CAPÍTULO 12	207
CAPÍTULO 13	219
CAPÍTULO 14	233
CAPÍTULO 15	245
CAPÍTULO 16	265
EPÍLOGO	283



*Las palabras nunca alcanzan cuando
lo que hay que decir desborda el alma.*

Julio Cortázar.



Prólogo

Tobrath, Reino de Azhat, Oriente Medio

El aroma de los inciensos se entremezclaba con el aire cálido del final de la tarde en Azhat, un pequeño y rico país del desierto. Ese era un día importante para el harén del rey, el jeque Zahr bin Wassehal Al-Muhabitti. Su hijo heredero al trono, el príncipe Bashah, iniciaría —como dictaba la tradición— sexualmente a una concubina virgen.

Afincadas en una paradisíaca ala del palacio real, las cuarenta concubinas han aprendido a dar placer. Ninguna de ellas es originaria de Azhat. Todas llegaron por voluntad propia desde diversos países de Oriente Medio atraídas por la promesa, en absoluto falsa, de una vida llena de lujos. Ninguna de ellas puede abandonar el harén sin el consentimiento del rey. Más allá de una actitud de servilismo, aquello se consideraba un acto de respeto por la buena vida que han llevado en el palacio.

Además de un riguroso examen, no solo de conocimiento, sino también de un pasado libre de escándalos, todas las mujeres han aprendido que jamás deben mirar a un rey o un príncipe a los ojos. No pueden permitirse pensar que son iguales a quienes ocupan los principales puestos de la familia real. Jamás.

Bajo el tutelaje del rey, viudo y con tres hijos, en Azhat jamás se ha ocupado el harén. El rey Zahr fue respetuoso de la que fue en vida su reina y único amor, Dhalilah. A pesar

de ello, siendo un hombre arraigado a las costumbres milenarias, conserva el harén por ser este una de las más antiguas tradiciones desde que se tiene memoria en su país.

Sin embargo, con hijos vibrantes de testosterona al llegar a la adolescencia, sin una madre que los guiara y él ocupado en sus quehaceres reales, el harén dejó de ser considerado innecesario para los jóvenes príncipes. Al menos los dos menores. El príncipe mayor y heredero a ser el futuro rey tiene que encontrar otras formas debido a su rango, así como las expectativas en torno a su vida.

De hecho, el heredero a llevar las riendas del país está obligado a cumplir la tradición más antigua de Azhat...

Durante siglos se ha seguido un rito a través del cual el sucesor del rey debe tener dos iniciaciones sexuales. La primera, a la temprana edad de catorce años, y la segunda a los veintidós.

En el primer caso es iniciado por una mujer con experiencia que le revele las artes amatorias más extensas a lo largo de tres días y dos noches en el desierto. Una vez cumplida su misión, la concubina termina con cualquier atadura que la pudiese mantener en Azhat. Esa iniciación tiene como propósito enseñarle al príncipe cómo debe complacerse y complacer a una mujer en función de su futuro para engendrar el sucesor de la siguiente generación de reyes. Se considera esta iniciación indispensable para que el sucesor del rey sea muy fértil y se asegure de esa manera la continuidad de la dinastía.

En la segunda iniciación de la vida sexual, se cambian las tornas, será el príncipe heredero quien tomará una concubina virgen y que ha sido educada para aceptar todos los placeres que él esté dispuesto a enseñarle. De esa manera los Consejeros del Destino, como son llamados los ancianos cuidadores de las tradiciones de Azhat, aseguran que el conocimiento de la primera iniciación del príncipe, a los catorce años de edad, ahora sea retribuido al universo a través de la segunda y así no habrá ninguna deuda que saldarle al destino.

Ninguno de estos rituales es aplicable a los demás hermanos del heredero. En el caso de que fuese una mujer la heredera al trono, ella tendría que casarse a través de un matrimonio de conveniencia con un hombre que tenga igual rango en un país vecino. A pesar de la modernidad bajo la que habían crecido los príncipes, y que habían experimentado durante sus viajes y estudios en el extranjero, seguir las tradiciones era la norma. No se conocía otro modo de concebir detalles que, principalmente, le correspondían a la familia real, como la sucesión.

Todas esas tradiciones y entresijos los conocía Adara.

A sus dieciocho años de edad, ella no solo era huérfana, sino la única virgen del harén. Desde que tuvo conciencia del sitio en que había sido criada, Adara entendió que un día ella sería la elegida para cumplir la segunda iniciación del príncipe heredero. Todas las concubinas le decían que era un honor.

Adara no había conocido a sus padres. Su discernimiento sobre el bien o el mal, lo correcto o lo incorrecto, venía dado por los consejos de las mujeres que la rodeaban, pero básicamente de los libros que devoraba.

Ella sabía que su madre se llamó Elizabeth Balfour, una extranjera que visitaba el país y se enamoró de uno de los jefes de seguridad del palacio, Malik Rizik, y quedó embarazada. Se casaron, y vivieron juntos tres años hasta que ambos perdieron la vida en un accidente de helicóptero que sobrevolaba el desierto.

Adara había escuchado que el rey no quiso hacerse cargo de ella, pues cuando murieron sus padres apenas tenía cinco meses de nacida. En ese tiempo el rey todavía lloraba la pérdida de su reina a causa de un cáncer. Entregarla en adopción no era algo viable, pues el rey Zahr consideraba a Malik, el padre de Adara, uno de sus hombres de confianza, así que decidió delegarla al harén para que al menos tuviera una figura materna en las mujeres que lo integraban.

Dada la agitación por la muerte de la reina, y los deberes reales que no podían descuidarse, el rey Zahr tenía poca interacción con Adara, pero la tenía presente por ser hija de su gran amigo fallecido. Cuando ella cumplió los dieciséis años, el rey le recordó que cuando Bashah llegase a la edad de veintidós años, ella sería la persona llamada a cumplir con la segunda iniciación. Esa tarde, dos años atrás, el destino de Adara quedó oficialmente sellado.

Ella lo recordaba.

Esos dos años habían pasado demasiado rápido.

Había llegado el día de la segunda iniciación del príncipe heredero.

—¿Estás bien? —preguntó con voz suave Jamilah. La mujer tenía veintiséis años y venía de Ushuath, el país con el que Azhat tenía extensos convenios comerciales desde hacía mucho tiempo y también conflictos limítrofes—. Pareces un poco... ¿temerosa?

Nerviosa, Adara negó con suavidad.

—No temo. Tan solo ha sido demasiado tiempo con esta situación pendiendo de mi cabeza como una guadaña.

—Tendrás el privilegio.

Adara no opinaba igual, pero dado que ella parecía ser la única que encontraba esas tradiciones muy estúpidas, se quedó callada.

—Por supuesto, Jamilah —dijo con una sonrisa que produjo otra en la muchacha que tantas veces había compartido sus pensamientos, pero jamás ninguno vinculado al rechazo de Adara a las tradiciones arcaicas de Azhat.

Quizá no la había tocado ningún hombre. Sin embargo, bajo la tutela de varias de las concubinas, Adara había aprendido lo más importante sobre las artes amatorias. En teoría.

Había visto y escuchado más de lo que una chica debería a su edad. Era un secreto a voces que entre las integrantes del harén se acariciaban, tocaban y exploraban sus cuerpos. Nin-

guna, jamás, permitió que Adara formara parte activa de esos momentos hasta que cumplió los catorce años, y aun así, solo le fue permitido observar. Jamás participar de otro modo, y solo cuando las concubinas consideraban que podía hacerlo.

Adara siempre pensó que quizá tenía algún problema... Nadie le quería decir los motivos a la renuencia de permitirle formar parte activa en situaciones que ella consideraba plausibles. ¿Acaso no era plausible el placer desde cualquier punto de vista siempre y cuando fuera consentido?

Con el tiempo, Adara unió las piezas, y una vez que el rey le dijo oficialmente lo que llegaría en su cumpleaños número dieciocho, supo el porqué. Las mujeres no querían darle más de lo que ya sabía, pues era la misión del príncipe, como parte del ritual, enseñarle.

—No lo pareces —continuó la chica de piel morena, pechos pequeños y abdomen plano— ¿sabes que puedes rehusar a acostarte con el príncipe heredero?

—Sí, pero eso implicaría mi destierro deshonoroso de este país —susurró— y es el único sitio que he conocido toda la vida, no podría irme de esa manera. Ustedes son mi familia...

—Siempre hemos procurado protegerte. Llegaste siendo tan pequeña. Y aunque te conocí ya cuando tenías diez años, el modo que tiene Yosoulah de hablar sobre ti y tu bondad de corazón decía mucho.

—Yosoulah es la madre que nunca tuve...

—Por eso supongo que es la que cuida de nosotras. Siempre tiene historias que contar sobre el abuelo del príncipe. Dijo que había sido su primer amor y aunque le dolía saber que nunca le fue fiel, no en vano era ella una concubina, su corazón siempre le perteneció.

Los brillantes ojos azules y la piel dorada de Adara la diferenciaban del resto de concubinas. Todo su físico era herencia de su madre inglesa, y salvo por la cultura que la rodeaba que era herencia de su padre, nadie que la viera podría rela-

cionarla como alguien perteneciente al desierto. Pero lo era... de corazón. Y por ser la única hija del hombre que dedicó su vida al cuidado de la seguridad del rey, el monarca tenía ciertas consideraciones con ella.

Adara recibió una educación privilegiada dentro del palacio. Podía viajar dentro del país una vez al año, con escoltas, y también recibió clases de defensa personal. Hasta que cumplió doce años, cuando tuvo su primera menstruación y su cuerpo cambió. Solo entonces los viajes y las clases cesaron, y empezó a escuchar sin restricciones las conversaciones de las concubinas. A ver escenas de sexo y placer corporal sin penetración que, si ella no hubiera sido una ávida lectora, le hubiesen parecido comunes, pero no lo eran.

Las mujeres del harén compartían sus cuerpos como un aprendizaje, un modo de divertirse y explorar. Aunque estaban para dar placer a los miembros de la familia real, Adara pilló varias veces a algunas dejando entrar a soldados del palacio a sus recámaras en las noches. Lo aprendido entre ellas, lo aplicaban con los hombres.

Adara había corrido, reído y soñado en los confines del ala del harén, un sitio lleno de lujos, calma y amplios patios en donde descansar. Todas las concubinas eran conscientes de que vivían en ese sitio por una tradición, pero no porque fuesen a ser requeridas sus artes en la cama, salvo por los príncipes, inquietos y ávidos de explorar su sexualidad, que las buscaban cada tanto. El único a quien no le gustaba participar de los placeres del harén era el príncipe Bashah.

—Sí. Me pregunto cómo sería amar a alguien hasta el punto de no creer posible abrirte a otro ser humano... y mantenerte fiel como Yosoulah.

—Todas hemos llegado aquí siendo adultas. Ninguna es virgen... salvo tú. Y si algo puedo decirte, sin querer engañarte, es que el amor duele y cuesta demasiadas lágrimas.

—¿Quizá porque no ha sido el correcto?

—O quizá porque las clases sociales son distintas...

Adara frunció el ceño.

—¿Lo dices por alguien en especial de tu pasado?

—¡Dejen de hablar tanto! —intervino Yosoulah mirando a las dos mujeres. Con el cabello entrecano y los ojos marcados con kohl, inspiraba respeto y al mismo tiempo cariño. Nadie conocía mejor lo que se hablaba y se hacía en el palacio como ella—. Adara, ya es hora de arreglarte y vestirte. El príncipe Bashah te espera en dos horas. ¿Estás lista?

«No».

—Lo estoy.

—Muy bien. Estamos seguras de que el príncipe cumplirá con el ritual como ha sido desde hace siglos. Recuerda que no puedes exigir nada.

«No puedo continuar viviendo de este modo. Mi alma rebelde me lo impide... ¿pero qué otra vida puedo experimentar si es esta la única que conozco?»

—Todas tus palabras han sido muy bien asimiladas, Yosoulah.

La mujer la observó con perspicacia.

—Siempre he sentido que eres distinta a lo que en realidad pareces —dijo en un murmullo mientras conducía a Adara hacia la sala de baños, en donde la desnudarían, le aplicarían sales de rosas y jazmín, depilarían todo su cuerpo y al final le harían dibujos de hena en las manos y pies—. Ten cuidado, pequeña Adara.

—¿Por qué...?

Yosoulah tomó del codo a la chica que había criado desde que el rey la puso a su cuidado cuando apenas tenía meses de nacida.

—Quiero que recuerdes que yo lo sé todo. Sé de tu amistad con el joven príncipe Bashah, aun cuando desde los doce años te estuvo prohibida —Adara se tensó—. Y sé que esta noche puede cambiarlo todo para ti. No cometas un grave error...

más grave del que ya has cometido al haber saltado las reglas y andar por el palacio como si fuera tuyo.

Adara la miró boquiabierta.

—¿Cómo...?

—Soy vieja, no tonta. Y si alguna de las mujeres en el harén se hubiese enterado, entonces ya estarías en estos momentos quién sabe en dónde... Los abusos de confianza son castigados. Ten cuidado. Las aguas están algo agitadas.

—¿En el harén...? —preguntó con un susurro. El espacio en el que vivían era gigantesco. Cada concubina tenía una suntuosa habitación, y una cámara del placer que, dado que solo los hermanos menores de Bashah solían visitarla, la mayor parte del tiempo estaba vacía. Los príncipes, cuando no estaban estudiando, viajaban para cenas y reuniones diplomáticas junto al rey—. Yo no he visto...

—Shhh —siseó Yosoulah— las relaciones con Ushuath. El joven rey Hassam no es como su padre. Su interés en hacerse con el control de todos los países que colindan con el suyo es bien conocido, y sus formas de lograrlo no son precisamente benevolentes con lo que se interpone a su paso, poco honorables.

—Acaba de subir al trono hace apenas cinco años.

—Hassam no es ningún hombre noble. Tiene mucha ambición en los huesos, ya te digo. En el palacio están tratando de establecer un nuevo marco diplomático para acercarse a él y firmar un contrato petrolero más beneficioso, pero ese hombre no está poniendo las cosas fáciles.

—¿Cómo sabes tanto?

—Porque las paredes tienen oídos y también ojos... Yo soy los ojos de este palacio, y el asistente del rey, Jadid, los oídos. Ambos llevamos trabajando aquí desde hace décadas. Es la única persona en la que puedes confiar. ¿Me escuchas, Adara? La única.

—No entiendo qué tiene que ver conmigo...

—Intenta no crear un caos en la búsqueda de una escapatoria.

—Yo...

—Sé lo que ese príncipe Bashah significa para ti. Solo quiero que dejes de soñar. Nunca debí dejarte leer tantas novelas de fantasía.

—No solo he leído de esas... —refunfuñó.

—Eres demasiado lista para tu propio bien, Adara —la tomó del codo nuevamente para impulsarla a caminar hasta que llegaron a la habitación—. Desnúdate y deja que las chicas te preparen. Después de haber yacido con el príncipe, puedes tener la libertad que ansías.

—¿Entonces es cierto que puedo tener todo lo que desee? Yosoulah apretó los labios.

—Menos eso que estás pensando.

Ambas sabían que se trataba del corazón del príncipe. En respuesta, Adara asintió y se resignó. Al menos, por el momento.

Adara se apartó de su mejor amiga del harén, Jamilah, sintiéndose mal por no haberle contado que Bash, como ella llamaba al príncipe, nunca había dejado de ser su amigo, aun a pesar de la prohibición de hacerlo cuando cumplió los doce años. Adara y Bash solían citarse en un sitio privado y abandonado del palacio, el refugio del príncipe. Conversaban una o dos horas, y así no le daban la oportunidad a nadie de sospechar y descubrirlos. Cuando Bashah le dijo que era consciente de que ella era la elegida para ser su amante, Adara sintió recorrerle por las venas una corriente impregnada de emoción y también cierto temor.

—¿Estás hablando en serio? —le había preguntado a Bash.

—Sí, Adara... imagino que conoces la tradición de nuestro país.

—Algunas tradiciones son estúpidas... Lo siento.

Bash había dejado escapar una carcajada ante sonrojo.

—Me dices las cosas de frente. No intentas conseguir nada de mí, menos impresionarme y por eso eres una persona con quien disfruto pasar mi tiempo. Quizá cuando suba al trono no te lo permita... ni mi esposa tampoco.

Ese fue el día en que Adara sintió, por primera vez, un ramalazo de celos. No había sido consciente hasta qué punto Bash se había convertido no solo en su amigo, sino en el chico del que se había enamorado. Lo amaba con una fuerza tan grande que la sola idea de alejarse y perderlo la desgarraba.

Amarlo, sin embargo, era una pésima elección para su vida. No solo porque él era el sucesor del rey, sino porque ella no era nada más que una huérfana... sin nada que ofrecer, a diferencia de las muchachas guapas y elegantes que, a escondidas, ella había visto pasar por el palacio durante las impresionantes recepciones que daba la familia real. Los cocineros o algunos sirvientes le tenían cariño, y solían consentirla un poco. Después de todo, era la única mujer que había crecido en el palacio en una circunstancia muy diferente a cualquier otra persona que trabajase o habitase los confines de la hermosa estructura de mármol, piedra y cemento.

Durante esas horas robadas en que Adara era espectadora de aquellos magníficos despliegues de libertad y opulencia, ella había visto cómo Bash pasaba de un adolescente alto y sin músculos a un hombre de rasgos marcados, cuerpo atlético y voz grave y rica como el chocolate caliente.

Sabía que a los veintidós años Bash era un rompecorazones, y creía ingenuamente que no seducía mujeres solo por el mero hecho de poder hacerlo. No visitaba el harén, pues corrían los rumores que prefería las mujeres extranjeras. A diferencia de sus hermanos menores, que eran otro asunto. Tahír y Amir vivían sus propias vidas, muy contentos de no tener sobre los hombros la gran responsabilidad de un día llevar las riendas del país, tal y como le ocurría a Bash.

—Imagino que tampoco tus hermanos me permitirían hablar contigo... Aunque quizá cuando seas rey, yo ya no estaré en este país. Al final es mi potestad hacer lo que desee una vez que haya estado... —se sonrojó— contigo.

—¿Adónde irías? Jamás has salido de Azhat —le había preguntado con sus inquisitivos ojos negros enmarcados por unas gruesas pestañas. Tenía la piel aceitunada y unos rasgos sumamente sensuales. Su boca era una delicia pecaminosa. Del tipo de boca que Adara había escuchado hablar tantas veces a sus amigas del harén. Bocas que sabían dar placer a las mujeres en las zonas menos pensadas.

—A buscar mis raíces... a Inglaterra —le había contestado a las dos de la madrugada en el jardín que Bash solía utilizar de refugio—. Es la parte que me falta completar. Lo sé todo de Azhat, y entiendo que mi familia paterna está dispersa por el mundo. Al menos tengo este país como un referente de que pertenezco a un sitio en la Tierra. Sin embargo, apenas sé nada de mis familiares ingleses. Debo tener primos, abuelos, tíos... Quisiera encontrarlos y contarles de mi vida. Y saber de la de ellos.

Las conversaciones entre ambos eran un ritual que resultaba atractivo, no solo porque era un secreto que disfrutaban compartiendo, sino porque era el único momento del día en que Bashah dejaba de ser un príncipe con todas sus implicaciones, y Adara la chica del harén. En esas horas solo eran dos amigos charlando. Un chico y una chica con inquietudes, sueños y deseos alejados de la realidad que los golpeaba cuando salía el sol al amanecer.

—Yo podría ayudarte. Tengo recursos suficientes y nadie tendría por qué saber de dónde has sacado el dinero para pagarle a un investigador.

—No quiero la ayuda de nadie. Quiero ir a Inglaterra, Bash.

—Siempre tan testaruda.

Ella se había reído.

—Es un asunto que creo debo resolver a solas, pero gracias por tu oferta...

De aquella conversación habían pasado ya tres meses, tiempo en el que Adara veía a Bash cada vez con menos frecuencia. Los nervios empezaban a consumirla, pues se acerca-

ba el día en que ella tendría que ver a Bash desde otro ángulo. No solo el de su amigo y el hombre de quien se había enamorado, sino el hombre que sería el primero en proporcionarle placer, en tocar su piel desnuda, y penetrar su carne virgen. Era al mismo tiempo inquietante y emocionante, porque lo quería, y eso hacía una gran diferencia.

Cuando empezaron a verse a escondidas, tanto Adara como Bash habían acordado que si después de veinte minutos esperando él no llegaba al encuentro, entonces Adara debía entender que no llegaría... y viceversa. No obstante, ya resultaba una afrenta que durante dos semanas seguidas el príncipe la hubiese dejado plantada cada madrugada. Una tras otra. Bash no estaba viajando. Cuando lo hacía, ella se enteraba, pues él solía anticipárselo. Así que él se había limitado ahora simplemente a no acudir al refugio del jardín. Como si ella no merecía más la cortesía de ser avisada.

Una madrugada, cansada de no tener noticias de Bash, Adara se arriesgó a colarse por pasillos que muy pocos conocían en el palacio. Llegó hasta la habitación del príncipe y cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, Adara sintió una estocada en el corazón. Le hubiera encantado no haber ido a los aposentos reales.

Junto a Bash yacía una voluptuosa mujer de rasgos asiáticos y cabello negro como la noche más profunda del desierto, completamente desnuda y enroscada como serpiente veleidosa sobre el atlético cuerpo del hombre a quien quería con todo su ser.

Castigándose mentalmente por ingenua, por creer que la forma cálida y honesta que tenía Bash con ella significaba algo, Adara se apartó con sigilo y corrió hasta llegar a su habitación. Lloró hasta quedarse dormida.

Adara no sintió celos por considerarse menos atractiva que esa mujer que había estado con Bash. No. Adara era muy consciente de su cuerpo. Tenía una cintura esbelta, abdomen

plano, pechos redondeados de areolas rosadas y pezones respingones; un trasero firme, y piernas esbeltas. Hacía ejercicio. Nadaba en la piscina del harén. Se sentía cómoda en su desnudez, y había aprendido a tener confianza en sí misma. Los celos eran generados por la incertidumbre de no saber qué sentía Bash por esa mujer... o si acaso sentía algo por ella.

Una de las ventajas de estar rodeada de mujeres que destilaban sensualidad y eran abiertas sobre muchos temas era sentirse bien consigo misma... Lastimosamente, las concubinas no incluían el tema del amor ni la idea de abandonar el harén. Parecían demasiado cómodas, y aquello era algo que Adara detestaba. ¿Cómo era posible conformarse con tan poco cuando existía todo un mundo esperando allá fuera?

A la mañana siguiente de haber sido espectadora de aquella escena en los aposentos reales, por cotilleos de las chicas del harén, Adara se enteró de que el príncipe parecía encandilado con una japonesa cuyo padre tenía mucho interés en invertir mucho dinero en Azhat y había pasado las últimas semanas con ella. Algunas apostaban que habría boda, pero otras aseguraban que el príncipe solo podía casarse con una mujer nativa de Azhat.

Adara, que había hablado mucho con Bash, sabía que lo último que haría él era seguir los protocolos. Era un príncipe rebelde... o quizá ella lo habría imaginado todo. Dado que el rey, poco a poco, iba cediéndole más responsabilidad al joven sucesor, quizá Bash empezaba a cambiar la forma de ver la vida. Y aquello, al menos para Adara, era una gran pérdida, porque le parecía que el príncipe sería muy capaz de ser un rey revolucionario.

En alguna ocasión le había comentado que estaba en contra de tener un harén. Que le parecía una esclavitud estúpida, por más que ninguna de las mujeres fuese tratada como tal, pero ambos sabían que la esclavitud no estaba en las cadenas. El concepto iba mucho más allá de eso. Bash le había asegura-

do también que los Consejeros del Destino no tenían futuro en un mundo globalizado y que cuando él subiera al trono iba a disolver el tradicional y caduco grupo.

—¿Está bien la temperatura del agua, Adara? —preguntó Shisheida, una morena de luminosos ojos verdes, mientras la ayudaba a entrar en la inmensa tina de baño. Ya la habían depilado por completo, aplicado un ligero humectante natural en los labios íntimos para lubricarla ligeramente y al mismo tiempo quitarle la inflamación de la cera depiladora.

—Sí... está bien —replicó regresando de sus recuerdos.

Mientras las mujeres la sumergían en agua perfumada, para Adara la idea de entregarle su virginidad, su primer beso y su placer a Bashah, ahora le parecía denigrante. Iba a pretender que estaba feliz. Que era una obediente mujer capaz de adentrarse en las aguas del placer sin rechistar, un placer que ella conocía en teoría y que dentro de poco comprendería en la práctica. O eso es lo que quería hacerles creer a todos.

No le importaba que fuera la primera, la segunda o la décima iniciación sexual del mentiroso de Bash. Ella se rebelaba ante la idea de pertenecerle a un hombre que no podía dar la cara y hablar frontalmente. Se rebelaba ante ese nuevo y desconocido hombre que prefería ignorarla a decirle que no podía volver a verla.

Adara iba a ser la dueña de su propio destino. Ella y nadie más.

Quizá había sido criada en un círculo de servilismo, pero el carácter de Yosoulah, y los libros que —aparte de la fantasía— contenían información de muchos sitios, la transformaron en una mujer con el alma anhelante de libertad.

Cuando todavía pensaba que Bash era un hombre honorable, la idea de ser suya le parecía más bien un regalo y no una obligación, ahora la consideraba una afrenta a su integridad. Desde el momento en que él supo que era Adara la elegida para su iniciación, Bash le dijo que jamás la lastimaría. Había mentido.

—¿Es esa una promesa...? —le había preguntado, nerviosa.

—Adara... —susurró antes de inclinarse y tomar con suavidad los labios de Adara. El primer beso de ella. Un intercambio inocente, cálido y embargado de suspiros. La boca de Bash era experta y apasionada. Con su lengua traviesa logró que los labios femeninos se abrieran para él. La poseyó. La consumió. Segundos después, soltando una maldición entre dientes, Bash se apartó—. Lo siento.

Con los ojos sorprendidos y los labios ligeramente hinchados, ella se quedó en silencio. Su primer beso.

—¿Qué es lo que sientes...?

—No debía tocarte... no hasta...

—La iniciación. ¿Es eso? —había inquirido con el ceño fruncido.

—Sí.

—Te quiero, Bash —le había confesado con el corazón— yo...

En ese instante, él se cerró por completo. Adara no pudo volver a leer en la mirada oscura como solía hacerlo tan fácilmente.

—Soy un príncipe. No puedes quererme. No debes quererme. Adara había soltado una carcajada queda.

—Tú y yo, en este espacio —abarcó el sitio en el que se encontraban, resguardados por vegetación, flores y varios pilares altos que garantizaban el completo anonimato— solo somos dos amigos. Un hombre y una mujer. Y como mi corazón me pertenece puedo entregárselo a quien desee. Y quiero dártelo, Bash. ¿Vas a rehusar aceptar un regalo como ese?

—No lo quiero. Tú eres una concubina. Solo sirves para algún día yacer con un hombre después de mí si así lo deseas —Adara lo miró con dolor, pero Bash continuó—. Yo soy el heredero de un reino. Aceptar tu amor o siquiera pensar en darte el mío es una estupidez.

Aquella última frase había sido como una bofetada para Adara.

—Si es así como lo quieres, príncipe Bashah, entonces así será —había replicado conteniendo el dolor que sentía en las entrañas al no poder mandarlo al diablo, por ser el maldito príncipe.

A partir de esa noche Bashah dejó de acudir a sus citas con ella, dejándola vacía y triste, y sintiéndose culpable por haberle confesado sus sentimientos.

Bash la había tratado como alguien especial durante años... tan solo para luego despreciarla y humillarla. El pacto entre ambos había sido roto para siempre.

¿Por qué no le dijo que estaba con una mujer, por qué la besó si existía otra? ¿Por qué continuaba acudiendo a sus citas para hablar cuando era evidente que ya había una mujer esperándolo? ¿Por qué no fue sincero y directo? Así, quizá y solo quizá, le hubiera dolido menos.

Se sentía traicionada, aun a pesar de que no hubiese existido ninguna promesa de parte de Bash, pensó ingenuamente que su lealtad estaba implícita.

Con dieciocho años podía tomar sus propias decisiones. Ella tenía un plan para dejar Azhat, aunque implicara doblegar su orgullo ante Bashah. La libertad tenía un precio y Adara estaba dispuesta a pagarlo. No volvería a pisar Azhat durante lo que le quedara de vida.

Minutos después las mujeres del harén empezaron a dibujar en su piel bellísimos diseños de hena. Pasaron largos minutos preparándola.

—Es hora —anunció Yosoulah mirando a la chica que había criado como si hubiera sido su propia hija—. El príncipe Bashah te espera en sus aposentos.

Ocultando sus intenciones, Adara sonrió tal como se esperaba de ella, mientras su cuerpo experimentaba un terror desconocido. Detestaba sentirse en desventaja no solo física,

sino intelectualmente. Que supiera los placeres que podían crearse entre un hombre y una mujer no la preparaban para entender cómo sería su cuerpo en manos de otro ser humano, tocando partes que jamás habían sido tocadas, besadas...

Las mujeres murmuraban jubilosas como si el acontecimiento de la segunda iniciación pudiera marcar una gran diferencia en la vida de la única virgen del harén. No estaban equivocadas después de todo, porque a partir de ese día, la vida de Adara no volvió a ser la misma.



Capítulo 1

Londres, Inglaterra. Ocho años después

Bohemia Embellishment era una de las compañías más reconocidas en Gran Bretaña y parte de Europa. Elaborar objetos de lujo en vidrio y cristal de bohemia, en sus diversas posibilidades de transformación, era la especialidad que había encumbrado a la empresa por sobre sus competidores.

Su dueña, Adara Lancaster, se encargaba de constatar que cada pieza llevara los procesos de excelencia que se mantenían desde la fundación de la compañía hacía ya casi un siglo bajo el tutelaje de la familia Lancaster. Adara llevaba todos los lineamientos de calidad, tal como le había enseñado su difunto esposo Stephan.

—Señora Lancaster —dijo la secretaria desde el otro lado de la puerta de vidrio—. Tiene una llamada en la línea uno.

Después de haber abandonado Azhat en medio de una confusa revuelta que estuvo a punto de matarla, Adara consiguió tomar un vuelo hasta Londres. Con el corazón roto, las esperanzas hecha trizas y con una joya en el bolsillo, había logrado sobrevivir los cinco primeros días.

Habituada a tener siempre las mejores comidas, vestimenta y un oasis en donde dormir, la dureza de una de las ciudades más cosmopolitas del mundo la atemorizó. Con un par de billetes que logró cambiar por libras esterlinas pagó un albergue en donde durmió las primeras semanas.

Quizá la calidad de los alimentos en un ambiente poco sanitario y al que no estaba acostumbrada la enfermaron. Las náuseas no cesaron y la mujer que regentaba el albergue, Chianna Morris, insistió en que fuera a ver al médico. Cuando rehusó por falta de recursos para pagar. Chiana la recomendó con un amigo suyo que le debía un favor y que era un médico muy reputado.

Con el semblante sombrío y más delgada desde que salió de Azhat, Adara aceptó. El doctor Klauss le diagnosticó anemia, y también una sorpresa que llevaba seis semanas gestándose. La única noche que había pasado con Bashah dejó como consecuencia un heredero al trono.

No quería recordar esa noche.

Dolía demasiado en el alma.

Asustada y preocupada decidió buscar trabajo con más afán del que su débil organismo le permitía esos días. No era fácil para una mujer que no llevaba ropa adecuada, y cuyo embarazo le causaba malestares diarios que la impulsaban a querer quedarse en cama todo el día. Pero no podía darse ese lujo. Tenía una vida por la cual velar y preocuparse.

Desesperada, mientras viajaba de regreso al albergue, encontró un anuncio en un diario durante el viaje en metro. Era un anuncio muy pequeño y discreto en el *Times*. Se pedía una mujer joven dispuesta a pasar una temporada con un anciano como su cuidadora. Se ofrecía pagar todos los gastos, le daban un hospedaje privado y se exigía máxima discreción. Había un número telefónico y una dirección en donde se realizaba la entrevista de trabajo.

Intrigada, pero también aterrada de que algo pudiera pasarle a la persona que crecía en su interior, Adara decidió arriesgarse y acudir a la entrevista. No tenía nada que perder. Estaba sin hogar, sin el hombre al que amaba y perdida en una gran ciudad que parecía un monstruo capaz de devorar a los que se dejaban debilitar por las adversidades. Y ella era todo menos frágil. Tenía, más que nunca, que ser fuerte.

Ese fue el momento en que su vida cambió por completo, en el preciso instante en que conoció a Stephan Lancaster. De cabello cano y unos vibrantes ojos verdes, era indiscutiblemente la figura de un hombre bonachón y alegre.

—Buenos días. Soy Patsy Douglas, el ama de llaves del señor Lancaster —dijo la mujer que la recibió en la puerta. Adara pensó que le haría un escaneo visual por sus ropas poco agraciadas. Había hecho lo mejor posible para tener un aspecto aseado y digno e iba dispuesta a ganarse el puesto de trabajo. Regresar a Azhat no era una opción. Imposible. No solo porque le arrebatarían a su hijo, sino porque Bashah iba a casarse con otra mujer—. Imagino que ha venido por la entrevista, ¿señorita...?

—Adara al Da... Adara Balfour —dijo cambiando su apellido por el que tenía su madre de soltera—. Vengo por la entrevista de trabajo que se anunció en el *Times* de ayer. Espero que todavía esté disponible... —sonrió con timidez y guardándose el miedo que le atenazaba el cuerpo.

—Por supuesto —abrió la gran puerta de lo que, para Adara, era algo similar a la mitad del suntuoso palacio en que había vivido toda su existencia—, pase por aquí, señorita Balfour. Yo soy la encargada de hacer las entrevistas. ¿Desearía tomar un poco de té, quizá? —preguntó educadamente.

—Es... eso estaría bien, gracias —replicó intentando contener las ganas de gritarle que nada deseaba más que comer algo suntuoso y que llenara su estómago. Las hamburguesas de una o dos libras esterlinas que vendían en las calles, lejos de llenarla o alimentarla, le causaban arcadas.

La entrevista estuvo muy bien.

Conversaron de todo los temas posibles, incluso de política. Mentalmente, Adara le dio gracias a Yosoulah por haber puesto en sus manos tantos libros y darle acceso a la biblioteca privada del rey cuando nada estaba viendo. Al final, esperaba recibir los horarios de trabajo. Todo lo que tenía que hacer era

charlar con el dueño de la casa, acompañarlo a varios eventos, cocinar de vez en cuando y estar disponible para ir con él al médico.

No era un trabajo sexual ni mucho menos, porque Adara lo hubiera sabido. Su instinto estaba entrenado para conocer ese tipo de cosas. Al menos una ventaja de crecer en un harén. Ya empezaba a imaginarse una noche en una cama calentita, sin tener que correr de un lado a otro para intentar entrar en el metro sin pagar y de paso sin ser pillada infraganti.

Sin embargo, al final de la entrevista sus fantasías se evaporaron como una nube de polvo llevada por el viento. Escuchó la frase habitual «la llamaremos», seguida de una cálida sonrisa, que era en realidad una disculpa al no poder darle la plaza laboral por la que había acudido.

—Por favor, señora... necesito, necesito, este trabajo. Yo... —decidió ser sincera— estoy embarazada. No tengo a nadie. Y soy muy honesta. Deme una oportunidad. Se lo pido —surró con lágrimas en los ojos—. Trabajaré muy duro. Y mi estado no será un impedimento.

La mujer esbozó una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, pero no cualifica. El señor...

—El señor acepta que la señorita Rizik trabaje para él —dijo una voz extraña desde el umbral de la entrada de la biblioteca.

Ambas mujeres se giraron al mismo tiempo hacia el sitio en donde estaba el dueño de tan preciosa propiedad. Patsy se incorporó de inmediato. Adara tardó un poco en reaccionar ante la implícita mirada del ama de llaves, y se incorporó también con una sonrisa tímida.

—Soy Stephan Lancaster. Y aunque Patsy —miró a su ama de llaves con aprecio— es muy protectora, no entiende que tengo voz propia. Que a pesar de estar enfermo, no me estoy muriendo... todavía.

—Señor, no diga eso —intervino la mujer de cabellos entrecanos. Su vestimenta era holgada y sencilla, pero no por

eso dejaba de ser elegante, notó Adara tan conoedora como era de la calidad de las telas, la belleza de los calzados y lo fácil que era, con el tiempo, aprender a hacerse sus propios peinados—. Esta es la señorita Balfour.

El hombre se acercó a Adara. La miró con sus amables ojos verdes. Llevaba una barba prolijamente recortada. El cabello blanco peinado hacia atrás y un traje de corte impecable. Un dandy de los viejos tiempos, notó la joven mujer.

—Así que ha venido por el aviso, ¿verdad?

—Sí, señor —replicó con una ligera inclinación de cabeza. Tal y como estaba acostumbrada a hacer con personas mayores en Azhat.

—Patsy, déjanos solos, por favor.

La mujer se mostró preocupada.

—Pero, señor, no la conocemos y...

—Patsy —insistió con voz firme, y ella abandonó el salón. Adara sonrió con timidez. Y entrelazó los dedos de las manos entre sí. Stephan Lancaster miró a la joven delgada y con evidente cansancio en su expresión—. Por favor, toma asiento, Adara. ¿Puedo llamarte por tu nombre de pila?

—Sí, por supuesto.

—A cambio, tú me llamarás Stephan. Nada de señor Lancaster ni chorradas.

Por primera vez en esas largas semanas lejos del país que había sido su casa una vez, ella sonrió desde el corazón. Le gustó ese hombre, porque le inspiraba confianza. Esto último pocas veces le ocurría con las personas.

—Eres la décima persona que Patsy entrevista en dos días, Adara. Ella es muy severa, y puesto que ha estado al servicio de mi familia desde que mi fallecida esposa vivía en casa, se ha vuelto protectora. Lamento si sus modales te incomodaron.

—Oh, no Stephan, no. Ella ha sido muy amable.

El hombre se acomodó en el sofá que estaba frente a Adara. La observó.

—Te voy a ser honesto. Me estoy muriendo. Tengo un tumor cerebral que poco a poco me irá consumiendo. Más pronto que tarde... —Adara abrió y cerró la boca—. Seguro te preguntarás dónde está mi familia.

—Yo... no tengo una, así que no se me ocurriría incomodarlo con preguntas, Stephan.

—Lo comentaré contigo de todas maneras. Solo tengo una hija: Eugenia. Vive en Brighton y no quiere saber de mí. Un viejo enfermo es lo último en lo que mi frívola y única hija pensaría como parte de su ocupada agenda.

Los ojos de Adara se llenaron de asombro y pesar. Quizá en Azhat la gente era un poco extraña en cuanto a sus tradiciones, mucho más ahora que podía compararlas vivamente con las de la gente en Londres, pero siempre respetaban a sus mayores. Siempre.

—Lo lamento...

—No te lo menciono para que sientas pena, sino porque quiero llegar al meollo de ese anuncio que tiene desesperada a Patsy hasta el punto de haber ido a dejar un anuncio en un periódico —dijo con una sonrisa—. Ella se rehúsa a dejar de trabajar, pero yo le he pedido que reduzca la cantidad de horas a la semana de su trabajo. Sin embargo, al parecer, no encuentra a nadie que llene sus expectativas. Las enfermeras van y vienen, en ese sentido no hay lío, pues a veces soy muy cascarrabias.

—Eso no me anima mucho —comentó con buen ánimo. El té le había sentado muy bien, y la charla amena de ese hombre era como una bandita sobre la herida que llevaba en el corazón.

—Patsy le hizo una promesa a mi mujer antes de que muriese, y consistía en dejarme casado de nuevo y encontrar siempre quién pueda ocuparse de mí. Mi Estela querida murió de cáncer a los ovarios hace ya quince años.

—Qué pesar, cuánto lo siento, Stephan —susurró con sinceridad al ver las sombras en la mirada verde de ese hombre con aspecto cálido.

—Gracias, muchacha.

—Lo del matrimonio bueno... es problema de cada quien, ¿no? Tampoco es que uno vaya a encontrar el amor en la otra esquina —expresó más por sí misma.

Stephan rio con franqueza.

—Adara, alcancé a escuchar antes de entrar que estás embarazada —ella asintió y bajó la mirada—. No, mírame, por favor. No es un reproche, ¡vamos! ¿Quién soy para juzgarte? Te lo pregunto porque el trabajo va mucho más allá que lo dice el anuncio del periódico. Al menos ahora que conozco tu situación.

—No comprendo.

—Las enfermeras no son un problema, pero sí lo es la promesa por la cual Patsy se siente atada de algún modo a la casa más horas de las que debería. Es testaruda y yo prefiero que esté con su familia, que seguro la echan mucho en falta.

—¿Entonces...?

—Necesito una esposa.

—Eso es... complicado —murmuró.

—Escucha primero, por favor. Me has dicho que no tienes familia, por el acento que marca tu voz sé que no eres británica —ella asintió— y seguro el padre de la criatura es un irresponsable.

—No es algo que pudiera explicarle con facilidad —expresó.

Lo último que deseaba Adara era recordar que fue engañada y humillada por Bashah. Días más tarde su deseo de escapar pareció más vivo que nunca cuando una revuelta estuvo a punto de matarla... sin nadie a quien le interesara su paradeo. Entonces se dio cuenta de lo sola que había estado, lo vacía que había sido su existencia, y escapar de Azhat se volvió su meta más ambiciosa. Al llegar a Londres y enterarse de que esperaba un bebé, sintió que esa vida era la más preciada, porque jamás volvería a estar sola.

—Mmm —expresó el hombre como si estuviese analizando más con profundidad el significado de las palabras de la muchacha.

—De verdad —insistió ella al notarlo callado—. Yo...

—Calma —interrumpió con suavidad—, no quiero saber de tu pasado, salvo que quieras hablarlo o que seas una exconvicta y tenga que vérmelas con la policía —ella sonrió sin alegría y negó—. Bien. Solo quiero que mis últimos días sean memorables y compartir con alguien, viajar, conversar y guardar recuerdos antes de morir. Podrías ser mi nieta, así que no creas que soy un viejo decrepito y ridículo.

—Yo no lo he pensado de ese modo. Me parece una persona solitaria y con una gran necesidad de afecto más que de compañía.

Stephan la miró con pesar.

—Me alegra que no tengas reparos en soltar lo que viene a tu mente, Adara.

—Mi intención no es ofenderlo.

—He vivido tantas décadas que poco o nada me ofende fácilmente. Escucha, Adara, el empleo consiste en que te cases conmigo. El matrimonio es solo una formalidad. No quiero sexo, pues eso está fuera de mis límites de respeto por una muchacha que —como te dije anteriormente— podría ser mi nieta. Yo solo quiero una amiga, alguien con quien charlar, alguien que no tema conocer lugares nuevos y que le aporte un poco de luminosidad. Y esa eres tú, muchacha.

—No tiene que casarse con nadie para tener una amiga, Stephan...

—Tengo que hacerlo si quiero que Patsy me deje tranquilo y se tome más tiempo libre fuera de esta casa —dijo con una carcajada—. Es un gran sacrificio el que implica casarse conmigo. Primero, porque nadie debe saber que te has casado conmigo como parte de un empleo. Segundo, porque aunque puedes salir con algún muchacho joven si lo deseas, no tendría impedi-

mento, preferiría si eres discreta... si puedes esperar hasta que me muera, ¿sabes? La gente se burlaría y no es lo que deseo.

Adara iba a asimilando toda la información poco a poco. Era una pena que alguien tuviera que pagarle a una persona para tener compañía. Sintió tristeza por ese hombre tan necesitado de alguien que velara por él. ¿Cómo era posible que su hija no quisiera saber de su existencia? Adara estaba segura de que si hubiera conocido a su padre, jamás, jamás, lo habría tratado de esa manera.

—Entonces —dijo aclarándose la garganta— un matrimonio solo para acompañarlo a fiestas, viajes y conversar. ¿Es ese el trabajo?

—Lo es.

«Sonaba fácil».

—Vaya...

—El salario es de veinte mil libras esterlinas al mes. Además, te daré un automóvil, el que elijas, y tendrás chofer a tu disposición hasta que obtengas tu licencia de conducir. Toda el ala este de la casa es tuya mientras dure tu empleo —Adara lo miró boquiabierta, como si no hubiera escuchado bien—. Tengo mucho dinero, mucho, y si vas a tener que soportar a este viejo, acompañarlo al médico, contratar y despedir enfermeras cada dos por tres, tolerar mis malos ratos y además pretender que no soy un trabajo para ti por llevar mi apellido ante la sociedad, entonces creo que es más que justo.

—¿Cuánto dura el empleo...? —preguntó con sus ojos azules brillantes por el fuego que expedía la chimenea interior. Era una casa que se asemejaba bastante a aquella serie que había visto en la televisión durante ese tiempo, *Downtown Abbey*. Tan solo que la casa de Stephan tenía toques modernos entremezclados con los antiguos, en el interior.

—Hasta el día en que muera.

Adara tardó un largo rato en asimilar la situación. Ella no tenía a nadie. Ni casa, ni dinero. Y el salario que Stephan esta-

ba ofreciéndole serviría para contratar un investigador privado que encontrara a su familia materna, pero sobre todo para darle un futuro a su bebé.

Se puso las manos sobre el abdomen, como si su hijo o hija pudiera darle alguna contestación a la situación en que se encontraba. Tendría que dejarse llevar por la intuición... y la necesidad. Stephan, era verdad, podría pasar por su abuelo, pero era la mirada cauta y anhelante de aprecio que veía en él lo que la impulsó a considerar seriamente la oferta, en lugar de salir corriendo si su situación no hubiese incluido una vida que dentro de siete meses llegaría al mundo.

—Comprendo. Yo... Stephan... como estoy embarazada, entiendo habrá días en que no pueda...

—No tienes que preocuparte por tu bebé. Recibirá mi apellido, si así lo deseas. Recibirá también mi protección y gozará de todos los beneficios de ser un Lancaster —«Salvo que mi bebé es el próximo en la sucesión a un trono en un lejano país, en donde vive su padre... casado con otra», pensó Adara con tristeza—. Los días que estés indispuesta no tienes que inquietarte. Te lo he dicho —comentó con una sonrisa—: enfermeras van y vienen. Una de esas puede ayudarte a ti. No es que necesite precisamente ir de fiesta en fiesta, mis huesos no soportarían un trajín tan arduo. Los viajes me ayudarán...

—Eres muy generoso.

—Al contrario, Adara, soy egoísta y estoy tratando de convencerte aprovechándome de tu necesidad de un techo y un respaldo económico.

—Solo está siendo brutalmente honesto.

—Creo que eres del tipo de muchacha que no acepta estupideces de nadie.

—Intento... —replicó acomodándose el jersey azul.

—Un niño o una niña a quien dar mi afecto sería una bendición, Adara. No tengo nietos, y si los tuviera, estoy seguro de que mi hija no me dejaría disfrutarlos como deseo —con-

fesó—. Te enseñaré el mundo hasta que mi enfermedad acabe conmigo. Ayúdame a vivir mis últimos días con una sonrisa, con la vibra de alegría que rodea a alguien tan lleno de vida como tú. Déjame cambiarte la vida con mis posesiones económicas. Creo que es un trato justo para ambas partes. ¿Aceptas?

Ella lo miró un largo rato. Y luego asintió.

—Acepto, Stephan. Solo quiero hacerte una petición.

Con una sonrisa que, más que alegría, implicaba alivio, el hombre se incorporó, se acercó a Adara y tomó las manos de la muchacha. Besó sus nudillos con reverencia, como si se tratara de una reina, y él un simple mortal.

—Gracias, Adara —dijo con alivio—. ¿Qué es eso que deseas?

—Mi nombre real es Adara Rizik, provengo de un país llamado Azhat, en Oriente Medio. Balfour era el nombre de soltera de mi madre... Quiero encontrar a mi familia materna.

—Lo arreglaremos.

Ella lo miró a los ojos. «Mi bebé. Mi bebé estará bien».

—Será un acuerdo beneficioso para ambos, Stephan... Gracias.

—Y quizá algún día me cuentes la historia detrás de ese embarazo.

—Quizá —replicó en un suave murmullo cuando él se apartó invitándola con un gesto a adentrarse en la mansión.

—Vamos a hablar con Patsy, para que te enseñe los alrededores y puedas traer tus pertenencias —miró su reloj de pulsera—, yo tengo que descansar. Me agoto fácilmente. Desde hoy esta es tu casa y la de tu bebé.

—Gracias —susurró con emoción y un inmenso alivio al saber que su bebé no pasaría penurias ni angustias por falta de dinero. Tendría todo el amor que ella pudiera dar. Nada iba a cambiar eso—. Gracias... —repitió.

Y a partir de ese día, la vida de Adara se transformó por completo.

El sonido de los teclados, las impresoras y algunas cargadas y conversaciones alrededor le recordaron a Adara en dónde se encontraba. Las oficinas centrales de su compañía.

Observó un portarretrato de ella con Stephan, cuatro años atrás. Con el tiempo había aprendido a querer a ese buen hombre. Un cariño sincero y agradecido. Juntos viajaron muchísimo durante un año por todo el mundo. Los viajes cesaron poco a poco solo con el nacimiento del hijo de Adara, quien llevaba el apellido Lancaster, y luego cuando los negocios de Stephan lo obligaban a pasar cada vez más tiempo anclado en Inglaterra.

Nadie podía haber previsto que la enfermedad de Stephan hubiera sido generosa, lo suficiente para mantenerlo con vida durante más tiempo del que los médicos le habían pronosticado. Los quince meses se habían transformado en treinta y seis.

Bajo el tutelaje de Stephan, aprendió lo necesario para vestir, actuar y moverse como una ejecutiva de alto nivel nativa de La City. Había estudiado arduamente, aun cuando estaba embarazada, hasta sacarse un título profesional en Oxford. Stephan la animó a prepararse y él mismo la entrenó con paciencia para llevar las riendas de Bohemia Embellishment.

Adara luchó contra las habladurías, las adversidades de ser una madre soltera —aunque en título y apellido estuviera casada— y de nadar en un mar desconocido. Su fuerza diaria era Sam. Por él continuaría luchando y haciendo lo que fuera necesario para hacerlo feliz. No solo porque era parte del contrato, sino porque le nacía y porque Stephan era el hombre que la había salvado de una vida llena de desdichas y soledad en medio de una metrópoli tan agitada y egoísta como Londres.

El día en que Stephan murió, el dolor de su pérdida sumió a Adara en una profunda tristeza. No solo había muerto un gran amigo, sino también su mentor y el hombre que con sus consejos y aprecio le había salvado la vida. A lo largo de los

años el cariño por Stephan se afianzó. Era el abuelo que nunca tuvo y la imagen masculina que Sam necesitaba durante su crecimiento. A pesar de la pérdida, ella no se dejó consumir. Stephan le había heredado el setenta por ciento de su fortuna, a Patsy, el porcentaje restante. Lo único que se llevó la hija biológica de Stephan fueron las joyas que habían pertenecido a su madre.

En otro portarretrato de su despacho estaba Samir, cuando era un bebé de cuatro meses. Su hijo tenía ahora poco más de siete años, lo llamaba Sam, de cariño. Era la viva imagen de su padre, el jeque Bashah Al-Muhabitti.

Sam era un recordatorio diario del único hombre que había amado... y que empezaba poco a poco a dejar fuera de sus recuerdos.

Alguien se aclaró la garganta.

Adara elevó la mirada. Su secretaria. Se había olvidado por completo de ella.

—Disculpa, Josie —dijo con tono de pesar— de pronto me desconcentré.

—Oh, no pasa nada. ¿Vas a responder la llamada que está en espera o les digo que llamen luego? Tienes muchos documentos por despachar antes de que acabe la jornada...

Adara llevaba el cabello rubio a la altura de los hombros en unas suaves capas que se movían al compás de sus giros de cabeza. Sus ojos azules se transformaron en pozos profundos de desconfiada mirada con el paso de los años. Y sí, cada día tenía un montón de papeles por trabajar, pero nunca sacrificaba el tiempo para su hijo por tiempo de trabajo. Jamás.

—¿De dónde es la llamada? —preguntó a su secretaria, mirándola con una disculpa. Josie Geller era una mujer desenvuelta. La única que, desde un inicio, se mostró solidaria y dispuesta a darle la mano a Adara.

—Estocolmo. Un pedido especial para el otoño. Va a desarrollarse un festival de cine para la familia real sueca y quieren

los diseños de la compañía para la decoración. Es una oportunidad maravillosa. Siempre he querido conocer Suecia.

—Y yo —contestó.

Cuando Adara se casó con Stephan, hubo muy pocas personas que la aceptaron sin rechistar. Una de ellas, Josie.

En la compañía tampoco tomaron muy bien que una extraña y recién llegada empezara a hacerse cargo de temas trascendentales, por más título de Oxford que tuviera, mucho menos que tres meses antes de morir Stephan la hubiese designado como la presidenta y luego le legara todo el imperio.

A quien le sentó peor la posición de poder de Adara fue a Augustus Radisson, el vicepresidente ejecutivo, y quien aspiraba al puesto que ahora ostentaba ella con las faldas bien puestas. Augustus le hizo la vida imposible con Stephan aún en vida, y aunque ahora su intensidad contra ella había disminuido porque le demostró con resultados su capacidad de trabajo, la hostilidad se mantenía tan viva como siempre.

El gerente general, Jacob Markson, era todo lo opuesto. Diligente, aunque cauteloso, le tendía la mano a Adara cuando se necesitaba. Al final, tanto Radisson como Markson eran los accionistas minoritarios. Adara poseía el setenta por ciento de las acciones de la empresa, y tanto Markson como Radisson conservaban su quince por ciento cada uno.

—Claro, recuerdo el tema. Bien, pásame la llamada, gracias —sonrió—. Ah, por cierto —agregó cuando Josie estaba a punto de regresar a su escritorio—: no te olvides de confirmar mi asistencia para dar el discurso de esta noche en el museo. Llama a mi chofer para que me recoja dentro de tres horas.

—Ya he confirmado. Ahora mismo les recordaré a tu maquilladora y a la peluquera que estarás con ellas. ¿Irás con el señor Dreyfus? —preguntó con la confianza que le permitían los años de trabajo junto a Adara.

Desde la muerte de su esposo, cuatro años atrás, era la primera ocasión en que Adara pensaba en rehacer su vida. No

en una relación de amistad y compañía como había sido con Stephan. Lo que deseaba ahora era la pasión que tanto tiempo había dejado de lado. Adoraba a su hijo, pero jamás comulgó con la idea de dejar de lado ser mujer por ser madre. Por eso había aceptado acudir a la inauguración de una nueva ala en el Museo Británico, sobre cultura medieval, junto a Oscar Dreyfus, un banquero de treinta y nueve años con reputación intachable y también atractivo.

Oscar había insistido varias veces invitándola a salir, desde que Adara lo conoció un año atrás, en un juego de polo. Ella lo rechazaba con cortesía, pero esta vez —estaba segura— lo había sorprendido aceptando la cita.

—Sí... acepté esta mañana su invitación.

—Bien hecho —dijo Josie—, ese hombre es uno de los solteros más codiciados por las mujeres en Londres.

—No sé cómo te das tiempo para enterarte de todo y a la vez mantener esta oficina en pie —expresó con una sonrisa.

—Una eficiente secretaria y asistente lo sabe todo.

—Por supuesto —rio antes de tomar el teléfono y atender—. Adara Lancaster —dijo a modo de saludo a la persona del otro lado de la línea, antes de sumergirse en sus negocios.



Capítulo 2

Las medidas de seguridad en el Brown's Hotel, ubicado en el lujoso y tradicional barrio londinense de Mayfair, eran sumamente estrictas, así como su política de discreción. Se decía que en este hotel, fundado hacía más de un siglo, había contado entre sus ilustres huéspedes a personajes como el autor Rudyard Kipling y el científico e inventor Alexander Graham Bell.

Ahora, uno de los visitantes más exigentes y reconocidos por la sociedad europea estaba hospedado en la suite más costosa, junto a una comitiva que ocupaba gran parte de las habitaciones. De hecho, el príncipe Bashah Al-Muhabitti había pedido reservar todo el hotel durante su estancia para atender una cena de negocios con el primer ministro británico, Chase McNaill.

La presencia del príncipe de casi treinta años de edad irradiaba respeto. Nadie se atrevía a cruzarse en su camino cuando estaba de mal humor. Tal como ocurría en esos instantes en que caminaba de un lado a otro sobre la costosa alfombra de su habitación. No le gustaba hospedarse en hoteles, pero su lujoso ático en el área de Belgravia estaba en remodelación, así que no tenía otra solución.

—Alteza —dijo Najib, secretario y consejero personal del príncipe heredero—. Llamé de nuevo al asistente del primer

ministro. La reunión debe postergarse. He insistido en que usted no puede quedarse demasiado tiempo en la ciudad, no obtuve una contestación distinta.

De cabello negro perfectamente recortado a la moda occidental y traje de etiqueta —para la ahora fallida cena— el físico impresionante de Bashah solía llamar la atención por donde fuera que hiciera acto de presencia. Las mujeres se sentían atraídas por esos ojos oscuros como el petróleo que parecían conjurar fantasías y promesas, así como la cuidada piel aceitunada y el porte elegante con el que llevaba el traje a la medida. Los hombres de negocios y diplomáticos envidiaban la capacidad que poseía para conseguir lo que deseaba de su contraparte.

No solo era un hombre respetado, sino también temido. Sabían que al príncipe heredero de Azhat nadie podía intentar tomarlo por tonto. Cuando su exesposa, Moesha, fue descubierta planeando una traición en su contra, él se divorció de inmediato y le prohibió la entrada a Azhat.

—Llama a mi padre y dile que envíe a uno de mis hermanos. Avisa al chofer que salimos de regreso a Azhat dentro de cuatro horas —ordenó.

—Como consejero y asesor debo decirle que no puede desairarse a alguien como el primer ministro McNeill, su alteza.

—¿Y a la realeza extranjera, sí? —preguntó con desdén.

El hombre de setenta años se aclaró la garganta.

—Ha sido un acto de último minuto e involucra a Isabelle McNeill, la hija mayor del primer ministro. Es muy conocido que las dos hijas son su debilidad. Al parecer, una de sus asistentes confundió la agenda del día y dejó dos eventos a la misma hora.

—Y él prefiere complacer los caprichos de su hija.

—La familia es importante para él de un modo un poco obsesivo. No es la primera ocasión que prefiere a sus seres queridos a las juntas de Estado. Aunque en esta ocasión, según

me he enterado por fuentes confiables del equipo interno, ha sido un error de coordinación de una de sus asistentes, como le acabo de mencionar. Intente ser comprensible, alteza, quizá podría existir una vía para hablar con él de todos modos.

Bashah se cruzó de brazos realzando su apostura.

—¿Por ejemplo?

Aliviado de que el temperamento fuerte del príncipe pareciera menos crispado de lo habitual, Najib sonrió. No en vano tenía contacto con todos los secretarios, asistentes y personal privado de los más altos dignatarios del mundo; sabía manejar las situaciones más complejas y hallar la forma de contrarrestar los inconvenientes... como este.

—Hay una invitación al acto que organiza hoy la señorita Isobelle. Una invitación que llegó en la mañana, pero usted rechazó —comentó con cautela.

Bashah murmuró una maldición.

—Si tienes la solución, Najib, ¿me quieres crear más problemas que soluciones? Cuanto más pronto me vaya de Inglaterra, mejor. Tengo muchos pendientes en mi país como para perder mis días en Londres.

Con una inclinación de cabeza el hombre dejó solo al jeque.

Bashah se acomodó en una butaca de respaldo alto y de color blanco. Su metro noventa de estatura cabía perfectamente en ella. Estaba de mal humor y no tenía nada que ver con una reunión postergada. Se trataba de la ciudad en donde un investigador privado, años atrás, le dijo que vivía Adara.

Semanas después de que el caos en Azhat hubiera explotado, y cuando las aguas lograron calmarse, Bashah mandó a buscar a quien fue su amiga y amante. No para llevarla de regreso al país, pues él estaba casado para entonces y no quería poner el riesgo el acuerdo por el que habían conseguido que cesara la guerra, sino porque quería saber si estaba bien. Él era consciente de que Adara había abandonado el país en medio del caos... y el recuerdo de ese día impregnado de una

mirada dolida y traicionada siempre acompañaba a Bashah como un hierro caliente en la piel.

El informe había sido concreto y contundente. Adara había contraído matrimonio a las pocas semanas de llegar a Londres con un prominente empresario que podía ser su abuelo. Un hombre millonario que paseaba del brazo de su joven y sensual esposa por los eventos más selectos de Londres. La noticia fue como una cuchillada en el orgullo de Bashah. En especial, cuando la última hoja del reporte del investigador señalaba que ella estaba esperando un hijo de Stephan Lancaster.

La sola idea de que el cuerpo que había sido suyo por entero, los besos apasionados, las curvas suaves y la inocencia absoluta de Adara hubieran sido probados por otro hasta dejar la semilla de una nueva vida lo cambió totalmente. No tenía derecho a creerse en posición de sentirse herido, pero consideró —con arrogancia— por mucho tiempo a Adara como suya. Siempre segura de ella a su alrededor. Siempre seguro él de que la intención de Adara de abandonar Azhat para buscar a su familia materna era una bravuconada...

Evitaba todo lo posible ir a Londres porque le traía a la mente el recuerdo de las fotografías que había hecho su investigador. Adara había lucido fresca en ellas, risueña y con algo ineludible en su mirada: esperanza y libertad. Esto último se lo merecía con creces.

Con un gran sentimiento de culpa, por el modo en que la había engañado para llevársela a la cama y cumplir la maldita tradición de su país, Bashah había tomado el informe para dejarlo en su caja de seguridad. Como si con esa acción hubiese podido enterrar la experiencia sensual más erótica de su vida, y también el recuerdo de la única amiga que lo había querido por ser solo él y no un príncipe.

Una vez casado, no había tenido oportunidad más que pensar en su país, reconstruir las relaciones con los pequeños comerciantes, estimular la economía y mejorar los sistemas

hospitalarios, lo cual había requerido de su entrega absoluta, mientras sus hermanos se encargaban del ejército y la explotación consciente de los recursos naturales para comerciar con el extranjero.

De aquel informe habían pasado ya un poco más de seis años.

Desde entonces, solo una vez volvió a Londres y se prohibió a sí mismo buscar a Adara. No tenía sentido buscarla por más de que su vena posesiva y el deseo primitivo que lo consumía, por el vívido recuerdo de la única noche juntos, lo trataran de seducir para incitarlo a sucumbir.

Bashah pasaba la mayor cantidad del tiempo viajando por las comunidades más apartadas de Azhat, hablando con los jefes bereberes y apoyando a su padre como representante real en gran parte de los eventos internacionales. El rey estaba frágil. La salud del monarca estaba debilitándose a pasos agigantados. La medicina natural de las tribus del desierto y la medicina moderna combinadas habían surtido efecto, pero las facultades poco a poco iban deteriorándose.

Él era consciente de su responsabilidad. Ser el sucesor al trono era una tarea muy difícil, por más privilegios que ello conllevara. Eso implicaba renunciar a sus deseos personales por sobre los de su país.

—¿Su alteza, está listo? —preguntó Najib abriendo la puerta cuando fue autorizado a pasar por Bashah.

Con un asentimiento, el príncipe salió de la habitación. Lo siguieron los guardaespaldas y la comitiva de alta seguridad que lo acompañaba siempre. Fuera del hotel estaban parqueados varios Range Rover con vidrios polarizados, esperándolo.



Lancaster Embellishment tenía solo dos sucursales: una en Londres y otra en Praga. En el caso de la segunda, esta garantizaba el abaratamiento de costos al obtener una de las

principales materias primas con la que trabajaban, el cristal de bohemia. Y era precisamente ese material el que había requerido Indhira Gustmann para elaborar unos preciosos jarrones con motivos del Gótico y del Renacimiento.

—¿Lista? —le preguntó Indhira con sus brillantes ojos castaños. La organizadora del evento era una mujer alta y estilizada.

Durante el matrimonio con Stephan, Indhira fue la única que la trató con sincero aprecio. Trabajaba en el Museo Británico como coordinadora de protocolo y eventos, y durante una visita de Adara con Stephan se hicieron buenas amigas. Indhira era solo dos años mayor.

Tiempo después, cuando ya habían pasado varios cafés, reuniones sociales, charlas de amigas, finalmente, Adara le habló sobre la verdad detrás de su relación con Stephan. La mujer de cabello rojizo no la juzgó, y a cambio se convirtió en un gran soporte.

Solo por Indhira aceptó participar con un discurso esa noche.

Su empresa no había cobrado el importe correspondiente a la elaboración exclusiva de los sendos jarrones y que ahora estaban hermosamente repartidos tanto en la entrada del museo como en el ala dispuesta para la exposición. Era una donación que hacía a nombre de Stephan, y la ponencia versaba sobre el espíritu de filantropía de su difunto amigo y esposo, así como un apoyo a la preservación de la cultura ancestral de todos los países, en especial la británica.

—Sí, por supuesto —sonrió Adara antes de acercarse al atrio de madera con labrados de oro que estaba en medio de la sala principal.

—Después el director del museo ha organizado una velada breve —dijo Indhira mirando con discreción hacia el público—. Me alegra que hayas decidido salir con Oscar. Es un buen partido.

—No te hagas ilusiones —susurró riéndose.

—Intento no hacerlas, pero el modo en que él te devora con la mirada no me deja mucho margen para evitarlas —replicó haciéndole un guiño.

Oscar estaba sentado en primera fila y la había ido a recoger puntualmente. Vestido con un elegante esmoquin de diseñador, él era el epítome de sofisticación y todo un dandy británico. Correcto y atento. La hacía sentir cómoda.

No se le pasaba por alto que no solo la miraba con admiración profesional como hombre de negocios a una igual en el campo empresarial, sino también como alguien dispuesto a tocarla hasta que ella gritara de placer. Un placer que Adara solo había experimentado ocho años atrás bajo unas manos jóvenes, pero expertas. Y con el paso del tiempo, entre la crianza de Sam y su vida con Stephan, el placer había corrido siempre por cuenta propia.

—Quizá es el vestido —comentó con mofa.

Indhira contuvo un resoplido poco elegante.

Adara llevaba un precioso vestido verde oliva hasta la rodilla. La tela se ajustaba a sus curvas sinuosas de una manera que parecía revelar y proteger al mismo tiempo la idea de su sensualidad. Era un efecto interesante y el motivo por el que se lo había puesto esa noche. Los tirantes eran finos y remarcados con pedrería. Eran un sueño. Para ella era el inicio de una nueva exploración en el campo romántico con Oscar.

A pesar de su metro setenta, Adara no dudó en ponerse tacones de aguja y punta triangular color negros. El maquillaje realzaba sus ojos azules, haciéndolos lucir más brillantes y en forma almendrada. El cabello recogido en un tocado ligeramente pegado a la nuca le daba un aspecto aristocrático y contrastaban con la impresión de sensualidad de su vestido.

—Ya vamos a empezar el acto —dijo Indhira con seriedad—. ¿Cuento contigo para la reunión después del evento?

Adara asintió y miró hacia Oscar con una sonrisa, quien a su vez le sonrió.

—Buenas noches —empezó Adara con su melódica voz cuando Indhira le ajustó el micrófono del atrio. Poco a poco los murmullos del salón cesaron para escucharla. La sala estaba llena. No era para menos. La exposición había tenido buena prensa—. Es un placer para mí poder participar de esta velada...

En la lista de invitados constaban algunos miembros de la realeza y aristocracia británica. Los duques de Cambridge no habían podido asistir ni tampoco la reina Isabel. El ambiente en la sala era cálido y sosegado, sobrio.

Adara habló durante diez minutos con fluidez enriqueciendo sus palabras con algunas anécdotas personales.

—... Finalmente, quiero agradecer al equipo de diseñadores y obreros de Lancaster Embellishment y al hombre gracias a quien es posible esta noche disfrutar de la belleza de la mano de obra británica en un ambiente cargado de la maravillosa historia medieval: Stephan Lancaster.

Los aplausos fueron sonoros al concluir el discurso.

Con una sonrisa, tal como había aprendido, Adara recorrió la atestada sala con la mirada, hasta que creyó que su mente estaba jugándole una mala pasada.

Pestañeó. No podía salir corriendo ante lo que deseaba con todas sus fuerzas que fuera un error. Destacando entre la multitud, por su marcada aura de poder, estaba el último hombre que hubiera esperado ver alguna vez en su vida.

El príncipe Bashah Al-Muhabitti. Llevaba un elegante traje occidental, negro, que combinaba perfectamente con la barba recortada con precisión. Había pasado demasiado tiempo. Y la última vez que ella podía traer a la memoria la imagen de Bash, este no llevaba barba. El hombre que parecía llenar la sala con su sola presencia tenía un físico poderoso, sus ojos eran dos pozos insondables y oscuros. Parecía dominar el espacio solo con su mirada.

Un escalofrío le recorrió la piel. Necesitaba aire fresco.

—Adara —dijo Oscar llegando tomándole el brazo con afecto—. Ha sido un discurso maravilloso. Aunque no esperaba menos de ti.

Ella apartó la mirada del fondo de la sala, de esos ojos negros que eran capaces de destruirla tal como habían hecho ocho años atrás. Ahora era más sabia, madura, aunque eso no impidió que durante el breve instante en que Bashah mezcló su mirada con la suya, Adara hubiese sentido como si le hubiesen inyectado una fuerte carga de adrenalina. Casi podía escuchar la sangre corriéndole por las venas.

—Yo... gracias —replicó tratando de llevar oxígeno a sus pulmones que parecían de repente incapaces de funcionar.

El resto de la velada la pasó como una autómatas. Sonriendo y respondiendo nimiedades, aunque muy consciente de que Bashah la seguía con la mirada. Adara no temía enfrentarse a nada ni a nadie. Stephan había reforzado ese rasgo de su carácter impulsándola a tomar decisiones arriesgadas, entrar en círculos hostiles y salir airosa. Le debía mucho a ese hombre, y puesto que esa noche había dado un discurso en su honor, iba a honrar su memoria siendo fuerte.

Sin embargo, toda la fuerza que guardaba en su interior no alcanzaba a aplacar el miedo que experimentaba ante la idea de que Bashah supiera que la única noche juntos dio vida a un ser maravilloso. La razón de la vida de Adara. Su motivo para hacer cualquier cosa con tal de mantener a Sam a salvo.

La gente daba por hecho que Samir era fruto de su matrimonio con Stephan. Ella sabía que bastaría una sola mirada de Bashah a Sam y ataría cabos. El niño era una réplica de su padre con la excepción de la marca personal de Adara: sus ojos azules. «No puede quitarte a tu hijo». Se repitió una y otra vez. Y el hecho de que Samir llevase el apellido Lancaster lo garantizaba.

—Indhira, me alegra mucho que hayas utilizado productos de la compañía de la señora Lancaster —dijo Isobella, la

hija del primer ministro británico, y quien era muy dada a apoyar cualquier evento de carácter gubernamental que pudiera aportar con buena prensa para su padre. Disfrutaba rodearse de lujo y exclusividad.

—Ya sabes, Isabelle, mi amiga no solo es una mujer guapa, sino que cuenta con un cerebro privilegiado para los negocios.

Adara se echó a reír de buena gana.

—Es lo que tiene contar con amigas leales —replicó mirando a Indhira con cariño—. En todo caso, Isabelle, me alegra que te haya gustado el detalle de los jarrones. Creo que cuando abran la exposición al público mañana, la gente se encontrará maravillada por los hallazgos del equipo de arqueólogos.

—Nuestro país tiene historia escondida y pretendemos aprovecharla —acotó Indhira observando con cortesía al nutrido grupo que conversaba en ese instante en un apartado de la sala.

El evento en el que se encontraban no era abierto al público. La lista de invitados era amplia, pero el perfil de los invitados resultaba incomparable al ciudadano británico común.

—¿Señor Dreyfus, me concede su atención? Disculpe que interrumpa —preguntó con un murmullo, y discretamente, uno de los empleados del museo, acercándose hacia a Oscar, quien en esos momentos reía con una broma de Althos McGallar, un renombrado artista local.

—Sí, ¿sucede algo? —quiso saber el apuesto empresario con el mismo tono bajo para no cortar la conversación de los demás integrantes de la charla de ese momento.

Adara miró el intercambio de susurros con disimulo al tiempo que reía de una broma que acababa de hacer el esposo de Isabelle, Andrew Phillips.

Una camarera pasó con una charola de canapés. Oscar aprovechó esa interrupción para decirle al oído a Adara que debía ausentarse.

—Espero que todo esté en orden.

El atractivo hombre le dedicó una encantadora sonrisa mientras le acariciaba el mentón en un gesto breve.

—¿Recuerdas el trato que se frustró dos semanas atrás cuando nos encontramos en una sala del aeropuerto de Atenas?

Ella lo recordaba, sí. Había estado de vacaciones con Samir.

—Por supuesto, estabas muy molesto ese día.

—Aunque no lo suficiente para obviar una mujer guapa —replicó haciéndola sonrojar—. Resulta que el embajador de Grecia me ha visto y quiere saludarme, y de ser posible retomar la conversación que se truncó en el pasado. Aunque, si prefieres que me quede, puedo postergar la charla para mañana.

—Claro que no. Llamaré a mi chofer para que me regrese a casa. De verdad, no te preocupes. Aprovecha esta magnífica coincidencia.

—Puedes acompañarme —comentó con esperanza en la voz.

Ella sabía lo que implicaba: pasar la noche juntos luego de la reunión. Adara no estaba preparada para eso. Necesitaba ir poco a poco. El beso que le dio Oscar en el automóvil antes de entrar al museo fue su primer gran paso, y no quería forzar demasiado las cosas.

—Sam... —se sintió hipócrita utilizando a su hijo como excusa para no tener que confrontar la situación—. No puedo simplemente desaparecer...

—Por supuesto —aceptó Oscar con decepción, aunque mantuvo su buen talante—. Siento que haya surgido esto de pronto. Lo siento, de verdad. No es la noche para...

—No lo sientas —interrumpió poniendo su mano en el brazo de Oscar—. Espero que el embajador de Grecia acepte todas las sugerencias para que puedas abrir una sucursal de tu banco de Atenas.

—Yo también —replicó inclinándose para dejar un beso en la suave mejilla femenina para luego despedirse del círculo de amigos que los rodeaba.

Desde el otro extremo del amplísimo salón Bashah observó el intercambio cariñoso con una furia que le inflamó la sangre.

Bashah experimentó un mazazo en el abdomen. Como si lo hubiesen golpeado con la fuerza de dos hombres para extraerle el aire del cuerpo. Ver a Adara después de tantos años era un impacto brutal para él que no estaba preparado. Ella se había transformado en una versión más hermosa de sí misma.

Su cuerpo seguía siendo una tentación imposible de pasar por alto para un hombre de sangre caliente. De curvas marcadas y con aquella inolvidable manera de inclinar la cabeza cuando algo no le gustaba, Adara era magnífica.

Había procurado en vano olvidarla y dejar su recuerdo en la caja de Pandora. Al parecer, entre las arenas del tiempo los dioses se habían decidido a abrirla. Él fue su primer amante y no podía quitarse de la cabeza imágenes de Adara desnuda, ya no. La certeza de que otros habían disfrutado de su piel suave, el perfume de su cuerpo, el aroma de su pasión y los gemidos de su boca lo arrastraron a cometer una arbitrariedad esa noche.

Costas Meridiakos, el embajador de Grecia en Londres, era su amigo, y cuando este se saludó con Oscar Dreyfus, Bashah envió a Najib a averiguar de qué o de dónde se conocían. La respuesta llegó pronto y en un tris tras, con un impulso adecuado sobre una posible inversión de Azhat en Grecia, Bashah consiguió que Costas quisiera reabrir el diálogo para considerar la apertura del banco de Dreyfus en Atenas.

—Príncipe Bashah —saludó el primer ministro británico interrumpiendo su escrutinio desde la distancia—, me alegra encontrarlo esta noche.

Bashah se giró hacia el político con su habitual expresión inescrutable.

—Qué casualidad —dijo ocultando el sarcasmo ante el hecho de haber orquestado su llegada—. Soy una persona que gusta mucho de la cultura, siempre es agradable saber que un personaje de su talla al parecer comparte mi postura.

Chase McNeill, siempre gustoso de codearse con la clase privilegiada y aristócrata del mundo, asintió.

—Espero que sepa disculpar el error humano de mi equipo de trabajo y que me llevó a tomar tan repentina decisión de suspender nuestra reunión de hoy.

—No hay nada que disculpar —replicó con sinceridad. El leve descuido del equipo del político le había dado la oportunidad de reencontrarse con su pasado. Y solo por eso iba a dejar pasar el desaire. Se lo cobraría de algún modo más adelante. Eso, seguro.

—Se lo agradezco, alteza. Dígame, ¿qué opina de aprovechar este casual encuentro para conversar lo que pretendíamos? Habrá una cena exclusiva al finalizar este evento y luego podemos tomarnos un momento.

Con una sonrisa, y sin perder de vista a la hermosa mujer de ojos azules —que ahora estaba sola en medio de un grupo bastante animado— Bashah asintió.

—Una estupenda idea.

El destino había puesto a Adara en su radar y él pensaba aprovechar la situación. Sabía que ella lo había visto y reconocido. En sus ojos encontró diversas emociones cruzar al mismo tiempo a gran velocidad. De lo que sí estaba seguro era de haber percibido con claridad la indiferencia que dejaron traslucir esos preciosos ojos con forma de almendra. Él no hubiera esperado calidez, pero indiferencia... Nunca una mujer lo había tratado de aquella manera.

Bashah ya no era el joven volátil de veintidós años de edad. Ahora tenía casi treinta años y había madurado lo suficiente

para saber que cuando se deseaba algo de verdad se tenía que ir con cautela, pero sin desistir ante los obstáculos. Nada deseaba más que tener a Adara de nuevo en su cama, pero primero debía redimirse por sus acciones del pasado.